

**BREVE MEMORIA DE UNA
LECTURA TEMPRANA**

José Zuleta Ortiz

Algún día de la infancia, tal vez en 1969, encontré en la biblioteca de mi padre un libro con el título: *Los mejores cuentos colombianos Tomo II*, aún lo conservo. Aunque no tiene fecha de impresión, es posible que su publicación haya tenido lugar en el año 1957. El libro hacía parte de una organización editorial continental llamada *Festivales del libro*, integrada por seis países y dirigida en Perú por Miguel Scorza, en Ecuador por Jorge Icaza, en México por Carlos Pellicer, en Venezuela por Juan Lizcano, en Cuba por Alejo Carpentier y en Colombia por Jorge Zalamea. La primera edición de la colección *2° festival del libro colombiano* la componen los siguientes títulos:

La Marquesa de Yolombó de Tomás Carrasquilla, *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón, *En medio del camino de la vida* de Germán Arciniegas, *Antología poética* de Porfirio Barba Jacob, *Los mejores ensayistas colombianos* (varios autores), *Los mejores cuentos colombianos* (2 tomos), y *El coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez. Dice en el pie de imprenta que se editaron 250.000 ejemplares.

En el índice del tomo II de *Los mejores cuentos colombianos* aparecen los siguientes cuentos: “Servicio militar” de Antonio

García, “Arrayanes” de Antonio Cardona Jaramillo, *Chanco* de Carlos Martín, “La cabra de Nubia” de Jesús Zarate Moreno, *Palo caído* de Manuel Mejía Vallejo, “El corazón del gato” *Ebenezer* de Pedro Gómez Valderrama, “Un día después del sábado” de Gabriel García Márquez, “El destierro de Antonio” Montaña, “No vino nunca el camarón azul” de Ramiro Montoya y “Vivan los compañeros” de Carlos Arturo Truque.

Leí este último cuento siendo un niño y lo recuerdo plenamente. Es un relato en el que, en tono menor y alternando la voz del narrador con diálogos naturales de una eficacia poco frecuente en la narrativa colombiana, se cuenta un episodio ocurrido durante una de las guerras de El Llano. El comandante de una guerrilla liberal lleva entre la tropa a un estudiante de medicina que se quiso unir a “la fiesta de la guerra” para que le enseñe a escribir. Sobre el lomo de un caballo llevan una pizarra y en medio de los trajines de la confrontación sacan tiempo para que el comandante aprenda las letras del alfabeto. La frase que logra el aprendiz al final de la historia es: *Vivan los muchachos*. Aún recuerdo la lectura de este cuento y su final sereno, natural como la muerte buscada por los muchachos que se unieron y murieron en esa causa. Más tarde supe que su autor había ganado con este cuento un premio en 1954.

Un domingo de 1973, llegó mi padre de comprar el periódico con un libro pequeño en la mano. Era de tonos naranja y negro, tenía el número 99 en el extremo superior derecho, se llama *El día que terminó el verano y otros cuentos* de Carlos Arturo Truque; al entregármelo dijo: “Es del mismo autor de aquel cuento que leímos sobre el soldado estudiante que enseñaba a escribir a su comandante en medio de la guerra”. Lo tomé, era una publicación del Instituto Colombiano de Cultura que circuló con los diarios más importantes de Colombia, recuerdo que valía tres pesos. En la contra carátula supe que el autor era Chocoano y que era conocido como cuentista en Colombia y en el extranjero.

En este libro leí “El día que terminó el verano”, el primer cuento de esa colección. Sentí una conexión con el autor, con la historia, con esa manera de contar tan natural, y profunda diría; no podía explicarme por qué me producía tantas cosas esta historia,

la releí y me gustó más todavía. En este cuento se van dosificando los precarios elementos que le dan vida, con destreza y pertinencia luminosas. La narración gira alrededor de dos ausencias: la del agua y la del hermano que se marchó de la parcela en busca de tierras más fértiles. En medio de la inclemente sequía aparece una mujer que dice ser la esposa del hermano ausente y trae la noticia de su muerte.

En medio de una tirantez producida por la desconfianza (¿vendrá a reclamar la parte de mi hermano?) y el deseo naciente, terminan por aguardar a que llegue la lluvia. En esa espera se va gestando algo que es a la vez deseo y desconfianza, hostilidad y seducción, hasta que llega la mañana en que se acabó el verano y todo se desencadena en el carnaval del agua el día que llegó la lluvia.

Después leí “Sonatina para dos tambores”: un relato, en el que habitan la música y el ritmo, en este cuento se logra una atmósfera genuina, y se respira vida de verdad, sin pretender nada, el relato está lleno de las mejores cualidades del arte de narrar. Recuerdo unos apartes:

“Después era la voz de la vieja Pola la que se quedaba arriba, solita en ese último “que se va a caé” serena como una cometa en el cielo tranquilo de los agostos de la infancia. Y desde allá bajando por las sordinas que le nacían de los cueros templados, de la copla bonita:

“Si el mar se volviera tinta y los peces escribanos, no alcanzarían a decirte lo mucho que yo te amo”.

Recuerdo este pasaje en el que describe el baile: “Después de arribar de una Juga ebrios de tapetusa, las carnes asadas en el patacoré “que se va a caé”, con los pies hinchados de marcar compases e irse de medio lado tras la hembra escurridiza, de ademanes de “quiero y no quiero”(…)

“Por allá volvieron a prender los cununos. Primero le fueron dando bajito, como ronroneando, tal como si al cununero le diera miedo lastimar el cuero. Luego subió el tono y marcó recio, porque empezaba la tambora grande y se prendía la marimba y se desgranaban los guasás: ¡Qué carajo! ¡quién estaba por dormir con ese prepre en la oreja! Y se fue incorporando lentamente. No era

cosa de permanecer quieto en esa oscurana, viendo y no viendo lo del otro lado. Era mil veces preferible estar en la azotea tendido en el fresco con la oreja abierta al ritmo de los patacorés. Por allá sonaba la voz de la vieja Pola, y esa marimba que le iba haciendo abrir la puerta sin ruido.

Así, sabroso, regustando el ritmo picante desgranado por los guasás; así, moviéndose en círculos, como sobre un tambor; así, con la sangre corriente, llevándole bien lejos, hacia atrás, adonde ni memoria había.”

En este libro leí también otros cuentos magníficos, recuerdo “Granizada”, un relato en el que lo que se teme ocurre. Y en el que la fe y la lucha son arrasadas por el destino. En este relato la tensión gira alrededor de algo que, de suceder, arruinará el trabajo de un año y llevará a la quiebra a una familia. Algo que está encima de ellos: nubes oscuras amenazan con desgranarse en forma de granizo y quemar la cosecha con la cual se librarían de perder la tierra hipotecada. Recuerdo la manera como describe la imposibilidad de hablar del personaje cuando sucede la tragedia: “algo muy duro se le atravesó en la garganta, no, no sabía qué, corrosivo, que destruía las palabras. Un aire demasiado pesado, semisólido, las hundía y no las dejaba respirar”.

Aquí como en todos los cuentos de Truque hay sencillez en los temas y grandeza en el tratamiento; el viejo secreto de los buenos cuentistas. Más adelante leí todos sus cuentos; admirado por la belleza de su prosa me quedé esperando toda la vida por un nuevo libro de Carlos Arturo Truque y eso nunca ocurrió. Entonces de cuando en cuando los releo, y ahora lo hago para apoyar el recuerdo de esa maravilla que fueron en mi infancia y en mi juventud, y encuentro, lleno de satisfacción, que después de cuarenta años están tan jóvenes y frescos como el muchacho que los leyó emocionado un día, en el fin de la infancia y recupero para mi memoria íntima su venturosa compañía en la tribulación del tránsito de una infancia luminosa a la oscura adolescencia.

Ahora, borrada ya la idealización de las tempranas lecturas, puedo decir que los cuentos de Carlos Truque tienen la fuerza de la buena literatura y de la gran poesía, en la que sentimos al leer que la verdad explota ante nuestros ojos. De tal modo que aquello

que hemos intuido se vuelve nítido y nos estremece. También sucede en ellos, que lo que no sospechábamos, de lo que estábamos ajenos e ignorantes, de pronto, gracias al poderoso enigma de la literatura, se nos revela y sentimos algo parecido a un milagro. Y entonces somos felices.